

MIGUEL BENZO MESTRE

FUERZA Y DEBILIDAD EN LA GENESIS DE LA FE

El proceso que engendra la fe ha sido descrito en el Nuevo Testamento con una precisión raza vez señalada. Ese proceso es descrito mediante términos exactos y fijos: *pístis*, *euaggélion*, *kērygma*, *martyrion*, *dynamis*, *pneûma*, *sēmeîon*, *téras*, *érgon*, *parrēsía*, *agápē*, *asthéneia*. Su secuencia es la siguiente:

- la fe (*pístis*) proviene del anuncio (*euaggélion*, *kērygma*);
- el anuncio se realiza en forma de testimonio (*martyrion*);
- el testimonio es una manifestación de la fuerza (*dynamis*) y del Espíritu (*pneûma*);
- la fuerza del testimonio se hace patente en la debilidad (*asthéneia*) del testigo;
- la fuerza y el Espíritu se manifiestan en los signos (*sēmeîon*) y prodigios (*téras*), en las obras (*érgon*), en la predicación audaz (*parrēsía*) y sobre todo en el amor (*agápē*).

Que la fe nace del anuncio lo afirma rotundamente Pablo: «¿Cómo creerán si no oyeron?; ¿y cómo oirán si no se les anuncia (*kēryssō*)?» (Rom 10,14).

A su vez, el anuncio de la Buena Nueva es entendido muy frecuentemente en el Nuevo Testamento como un testimonio (la idea se expresa con los substantivos *mártys*, *martyría*, *martyrion*, el verbo *martyrēō*

y palabras derivadas), especialmente en los Hechos de los Apóstoles (unas dieciocho veces¹) y en Juan (unas dieciséis veces en el Evangelio² y otras cuatro en la Primera Epístola³). Este concepto del testimonio es central en la teología joánica. En los escritos paulinos la asociación entre anuncio y testimonio es algo menos frecuente (unas diez veces⁴), aunque significativa. Los Sinópticos sólo utilizan el término testimonio en el sentido de proclamar la fe en el contexto común a los tres del testimonio de los discípulos ante los tribunales⁵ y en el común a Mateo y a Lucas del mandato de Jesús de dar testimonio ante todos los pueblos⁶.

Pero el testimonio no tiene en el Nuevo Testamento solamente el significado jurídico de decir lo que se ha visto y oído, sino que el testigo pone a quienes le aceptan en contacto inmediato con Dios, dinámicamente presente en su mensaje y en su conducta. Por eso, tanto los términos que significan anunciar como los que significan atestiguar aparecen muy frecuentemente unidos a los de fuerza y Espíritu de Dios.

Pablo es quien emplea fórmulas más energéticas: «Mi palabra y mi predicación (*kérigma*)... fue una demostración de Espíritu y de fuerza (*dynamis*)» (1Cor 2,4). «... anunciar el evangelio... que es para los que se salvan, para nosotros, una fuerza de Dios» (1Cor, 1,17s). «El evangelio es una fuerza de Dios» (Rom 1,16). «Porque nuestro evangelio no se os presentó solamente de palabra, sino en fuerza, en Espíritu santo y en seguridad absoluta (*plerophoría*)» (1Tes, 1,5)⁷.

El libro de los Hechos une los conceptos de anuncio, fuerza, Espíritu, signo, prodigio y predicación audaz:

«Vais a recibir la fuerza del Espíritu santo que descenderá sobre vosotros, y seréis mis testigos (*mártys*)...» (1,8). «Con gran fuerza atestiguaban los apóstoles la resurrección del Señor Jesús...» (4,33). «Prolongaron su estancia largo tiempo, predicando audazmente (*parresía*) al Señor, dando testimonio (*martyrëo*) de la palabra de su gracia, obrando por sus propias manos signos (*sēmēia*) y prodigios (*térata*)» (14,3)⁸.

¹ Hch 1, 2, 21s; 2, 32; 3, 15; 4, 33; 5, 32; 8, 25; 10, 37-43; 13, 26-31; 14, 3; 15, 8; 20, 24; 22, 15; 23, 11; 26, 16, 22-23; 28, 23.

² Jn 1, 7s, 15, 18-23, 32-34; 3, 11, 32-34; 5, 31-39; 7; 8, 13-19; 10, 25s; 12, 17; 15, 26; 18, 37; 19, 35; 21, 24.

³ 1 Jn 1, 2; 4, 14; 5, 6s, 9-11.

⁴ Rm 2, 15; 3, 21; 8, 16; 1 Cor 1, 6; 2, 1; 15, 15.2 Tes 1, 10.1 Tm 2, 5s; 6, 13.2 Tm 1, 8.

⁵ Mt 10, 18s; Mc 13, 9s; Lc 21, 12s.

⁶ Mt 24, 14; Lc. 24, 48.

⁷ Cf. Rom 15, 19; 16, 25.1 Cor 1, 25-27; 2, 1-5; 4, 20; 2 Cor 4, 5-7; 6, 6-7; 12, 9; 13, 3s, 9.

⁸ Hch 1, 21s; 2, 32; 3, 15; 15; 5, 32; 6, 10; 7, 55; 10, 37-43.13, 26-31.

Juan utiliza para expresar el dinamismo divino que respalda el anuncio y el testimonio además del término Espíritu los de *érgon* (obra) y *sēmeion* (signo):

«El que viene del cielo atestigua (*martyreo*) lo que ha visto y oído, pero su testimonio nadie lo recibe. El que recibe su testimonio atestigua que Dios es veraz. Aquél que Dios ha enviado pronuncia las palabras de Dios que le da su Espíritu sin tasa» (Jn 3,31-34). «En cuanto a mí, tengo un testimonio más alto que el de Juan: las obras (*ergon*) que el Padre me ha encargado realizar, las obras que yo hago, dan testimonio de que el Padre me ha enviado» (Jn 5,36). «Jesús realizó en presencia de sus discípulos otros muchos signos (*sēmeion*) que no han sido relatados en este libro: los que lo han sido es para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios...» (Jn 20, 30s). «Y el testimonio consiste en que Dios nos ha dado la vida eterna, y está en su Hijo» (1 Jn 5,11)⁹.

Y es Pablo el que, al defender su condición de verdadero apóstol en las dos epístolas a los corintios, contrapone con una firmeza que los cristianos a lo largo de la historia casi nunca hemos querido comprender, la fuerza de Dios a la debilidad (*asthēneia* en griego, de dónde nuestra astenia) del testigo. Porque si el testigo se presentara respaldado por las fuerzas de este mundo el oyente de su palabra no podrá distinguir si su influjo proviene del Espíritu de Dios o de esos poderes e intereses humanos que lo respaldan. Como los textos en que dicha contraposición se establece son el nervio del tema aquí propuesto, reproduciré íntegramente los fundamentales:

«Porque no me envió Cristo a bautizar sino a evangelizar, no en la sabiduría de la palabra, para que no quede aniquilada la cruz de Cristo. Porque la palabra de la cruz es ciertamente locura para los que se pierden, pero fuerza (*dynamis*) de Dios para los que nos salvamos. Porque está escrito: Destruiré la sabiduría de los sabios y aniquilaré la inteligencia de los inteligentes. ¿Dónde está el sabio?, ¿dónde el hombre culto?, ¿dónde el argumentador de este mundo? Ya que el mundo por la sabiduría no ha reconocido a Dios en la sabiduría divina, Dios ha querido salvar a los creyentes por la locura del anuncio (*kērygma*). Pues mientras que los judíos reclaman signos (*sēmeion*) y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos un Cristo crucificado, escándalo para los judíos, locura para los paganos, pero para los llamados judíos y griegos, un Cristo fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Porque la locura de Dios es más sabia que

⁹ Cf. Jn 1, 32-34; 5, 31-47; 10, 25s; 15, 26.1 Jn 5, 9s.

los hombres, y la debilidad (*asthenes*) de Dios más fuerte que los hombres. Mirad si no, hermanos, vuestro llamamiento: no hay muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles. Al contrario, eligió Dios lo loco del mundo para confundir a lo sabio; y lo débil del mundo para confundir a lo fuerte; y lo plebeyo y lo que no cuenta del mundo lo eligió Dios; lo que no es para anular a lo que es» (1Cor 1,17-28). En esta última frase, Pablo, utilizando términos filosóficos popularizados, eleva a categoría cuasi metafísica su doctrina: por decisión divina, la nada aniquila al ser.

«En cuanto a mí, hermanos, cuando fui a vosotros no fui para anunciar el testimonio (*martyrion*) de Dios con el prestigio de la palabra o de la sabiduría: no, yo no he querido saber entre vosotros nada, sino a Jesucristo, y crucificado. Yo mismo me presenté a vosotros en debilidad (*astheneia*), temor y mucho temblor; y mi palabra y mi anuncio no consistió en discursos persuasivos de sabiduría, sino en una demostración de Espíritu y de fuerza, a fin de que vuestra fe descansara no en la sabiduría de los hombres sino en la fuerza de Dios» (1Cor 2,1-5).

«Porque, a lo que me parece, a nosotros los apóstoles nos asigna Dios el último puesto como a condenados a muerte, dándonos en espectáculo al mundo entero, lo mismo a ángeles que a hombres: nosotros unos locos por Cristo, vosotros sensatos en Cristo; nosotros débiles (*asthenēs*), vosotros fuertes; vosotros ilustres, nosotros despreciados; no tenemos domicilio fijo; nos agotamos trabajando con nuestras propias manos; nos insultan y les deseamos bien; nos persiguen y aguantamos; nos difaman y respondemos con buenos modos. Se diría que somos basura del mundo, desecho de la humanidad, y eso hasta el día de hoy» (1Cor 4,9-13).

«Pero ese tesoro lo llevamos en vasos de arcilla para que se vea bien que esa extraordinaria fuerza pertenece a Dios y no viene de nosotros. Estamos oprimidos por todas partes, pero no aplastados; no sabiendo qué esperar, pero no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; derribados, pero no aniquilados. Llevamos por todas partes y siempre el estado de muerte (*nécrōsis*) de Jesús a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Aunque vivientes de hecho, estamos continuamente entregados a la muerte a causa de Jesús a fin de que la vida de Jesús se manifieste también en nuestra carne mortal: así la muerte hace su obra en nosotros, y la vida en vosotros» (2Cor 4,7-12).

«¿Ministros de Cristo? Voy a decir una locura: yo más que ellos. Más por los trabajos, más por los encarcelamientos, mucho más por los golpes; frecuentemente he estado al borde de la muerte; cinco veces he recibido de los judíos los treinta y nueve latigazos; tres veces he sido flagelado; una vez lapidado; tres veces he naufragado; me ha ocurrido pasar un día y una noche en el abismo; viajes sin

número: peligros en ríos, peligros de bandidos, peligro de mis compatriotas, peligro de paganos, peligro en la ciudad, peligro en el desierto, peligro en el mar, peligro de los falsos hermanos; trabajo y fatiga, vigiliás frecuentes, hambre y sed, ayunos repetidos, frío y desnudez. Eso sin hablar de lo demás, de mi obsesión cotidiana: la preocupación por todas las Iglesias. ¿Quién es débil (*aszeneo*) que yo no sea débil?, ¿quién cae que yo no me abraze?» (2Cor 11,23-29).

«Y para que la excelencia misma de esas revelaciones no me enorgulleciera, se me ha puesto un agujón en mi carne... Respecto al cual yo le he rogado al Señor por tres veces que se aleje de mí. Pero me ha respondido: Te basta mi gracia, porque la fuerza (*dynamis*) se realiza en la debilidad (*asthéneia*). Por eso, si acaso, presumir muy gustosamente de mis debilidades para que resida en mí la fuerza de Cristo. Por eso me complace en las debilidades, ultrajes, infortunios, persecuciones y angustias por Cristo, pues cuando soy débil entonces soy fuerte» (2Cor 12,8-10).

¿Y dónde se manifiesta concretamente esa fuerza de Dios presente en el testimonio? El Nuevo Testamento nos habla de signos, prodigios, obras y audacia en la predicación. Estos términos abarcan todas las palabras y las obras de Jesús y de los apóstoles. Es precisamente en esa primera epístola de Pablo a los corintios en la que, como hemos visto, tan drásticamente presenta la tarea evangelizadora como una manifestación de fuerza y del Espíritu, donde más ampliamente se ocupa de las diversas manifestaciones (los carismas) de ese poder divino. Son bien conocidas las enumeraciones que de ellos hace. Y bien conocido es igualmente su elocuente afirmación de que el amor supera y da sentido a todos ellos, que sin amor nada valen. No parece, pues, arriesgado concluir que, para el apóstol, el amor «que el Espíritu Santo derrama en nuestros corazones» (Rom 5,5) es la gran fuerza evangelizadora, generadora de la fe. Entre los rasgos que cualifican a Pablo como apóstol señala, lo acabamos de citar, su constante preocupación por las Iglesias, hasta el punto de que cualquier escándalo repercute sobre él abrasadoramente. Ya Jesús, según Juan, afirma que el signo por el que sus discípulos serán identificados como tales es el amor mutuo (Jn 13,35); dice que quien quiera saber si él habla realmente en nombre de Dios debe cumplir la voluntad de Dios (y es sabido que Juan sólo menciona un mandamiento divino, el del amor mutuo) (Jn 7,16-18); a la pregunta de Judas Tadeo de por qué se revela a los discípulos y no al mundo, responde que sólo está preparado para aceptar su palabra aquél que le ama (Jn 14,22-26). En cuanto a los Sinópticos, Marcos nos cuenta que al escriba que reconoce como mandamiento supremo el del amor a Dios y al prójimo, Jesús le responde: «¡Tú no estás lejos del Reino de Dios!»

(Mc 12,28-34). El amor generoso de quien se entrega a los demás en la desnudez de toda posesión terrena está, pues, según el Nuevo Testamento en el origen de la fe en doble sentido: porque la genera y porque prepara para recibirla.

De todo lo dicho parecen deducirse conclusiones importantes para la teología y la pastoral de la fe:

1. La fe cristiana no consiste en la recepción de una doctrina, sino en un encuentro personal y una aceptación del Dios vivo y actuante en el testigo

2. El testigo primordial del Cristianismo es Jesús, el testigo fiel del Apocalipsis (1,5). Todos los demás evangelizadores han de participar en mayor o menor medida del testimonio de Jesús.

3. La presencia de Dios en el testigo se manifiesta en el heroísmo con que éste vive la existencia cristiana que anuncia, especialmente en lo que constituye su esencia, el amor desinteresado, de tal modo que su conducta no sea explicable más que por la acción en él de la fuerza y el Espíritu divinos.

4. Esa presencia de Dios en el testigo es tanto más patente cuanto menos sean los poderes terrenos que le apoyan (dinero, bienestar, poder político, poder militar, medios de propaganda...).

5. El fracaso de una evangelización que se apoya en un exceso de prestigio social es una lección de toda la historia de la Iglesia, aunque los cristianos nos sigamos negando pertinazmente a aceptar que ni el convertir las piedras en pan, ni el deslumbrar con prodigios inútiles ni el poseer los reinos de la tierra son el camino para atraer a los hombres al evangelio, sino que constituyen la gran tentación del Espíritu del mal en el desierto.

5. Los cristianos españoles en concreto tenemos la experiencia de cómo cuarenta años en que la Iglesia dispuso de todos los apoyos del poder no han conducido a un pueblo evangelizado en profundidad.

Instituto Teológico «San Dámaso».
Madrid